

Analecta Cracoviensiā

rocznik 57 • 2025 • strony 21–52

Pablo Blanco Sarto

 <https://orcid.org/0000-0001-9497-1649>

 pblanco@unav.es

Universidad de Navarra

 <https://ror.org/02rxc7m23>

La esperanza del cristiano (1968) de Josemaría Escrivá. Una lectura al hilo de la encíclica «Spe salvi» de Benedicto XVI

 <https://doi.org/10.15633/acr.5702>



Resumen

La esperanza del cristiano (1968) de Josemaría Escrivá. Una lectura al hilo de la encíclica «Spe salvi» de Benedicto XVI

Una comparación entre autores algo distantes en el tiempo —como son san Josemaría Escrivá y Joseph Ratzinger— nos lleva a interesantes paralelismos. A pesar de la diferente metodología —más fenomenológico y espiritual en el santo; más intelectual y en perspectiva escatológica en el teólogo— apreciamos en ambos autores una crítica a una esperanza puramente horizontal, que necesita ser completada con la dimensión teológica, el cristocentrismo, la importancia del perdón y la misericordia, la relación con las demás virtudes infusas y la mirada hacia la bienaventuranza eterna. Encontramos también semejanzas en los «lugares de la esperanza».

Palabras-clave: Cristo, cielo, perdón, virtud teológica



Abstract

Christian's hope (1968) by Josemaría Escrivá. A reading in light of Benedict XVI's encyclical «Spe salvi»

Comparing authors from different eras, such (as St. Josemaría Escrivá and Joseph Ratzinger) reveals interesting parallels. Despite their different methodologies — more phenomenological and spiritual in the saint, and more intellectual and eschatological in the theologian, both authors critique a purely horizontal hope that needs to be complemented by the theological dimension, the Christocentrism, the importance of forgiveness and mercy, the relationship with the other infused virtues, and the gaze towards the eternal bliss. Similarities can also be found in the «places of hope».

Keywords: Christ, heaven, forgiveness, theological virtue

Los santos son «testigos y compañeros de esperanza»¹, repetía el papa Francisco, quien convocó este trepidante año de la esperanza que estamos viviendo. La esperanza es estar abiertos al Dios de las sorpresas. El Jubileo de la tercera virtud teologal constituye así un buen motivo para volver sobre este tema, y permanecer «alegres en la esperanza» (Rm 12, 12), como dice san Pablo. «Espéralo todo de Jesús», había escrito san Josemaría en 1932², hasta llegar a la homilía pronunciada el 8 de junio de 1968, predicada el sábado de témporas de Pentecostés. Ese año estaba siendo complicado: hasta ese momento, en Saigón (Vietnam) la embajada de Estados Unidos fue atacada por guerrilleros *vietcong*; en Checoslovaquia comenzaba la Primavera de Praga, y se registraba una nevada atípica en la Ciudad de México; en Sicilia, un terremoto dejó un saldo de 231 muertos y 262 heridos, mientras en Thule (Groenlandia), se estrellaba un bombardero estadounidense B-52 con cuatro bombas atómicas a bordo; en Seúl, una unidad comando norcoreana intentó asesinar a Park Chung-hee en la Casa Azul, pero felizmente fracasó; en el mar Mediterráneo, frente a las costas de Israel, se hundía el submarino israelí *Dakar*, ofreciendo un saldo de 69 muertos. Y esto solo en el mes de enero. Hacía falta, por tanto, esperanza. En mayo tenía lugar el «mayo francés», que san Josemaría había seguido con especial interés, como señaló Andrés Garrigó³.

Utopía y esperanza cristiana

La llamada «revolución del 68» fue un movimiento social que se dio en Francia y en otros países, caracterizado por protestas estudiantiles y sindicales, y se llevó a cabo durante mayo y junio de ese año, precisamente cuando san

1 Francisco, *Audiencia general*, 21 de junio de 2017, https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiences/2017/documents/papa-francesco_20170621_udienza-generale.html

2 J. Escrivá de Balaguer, *Consideraciones espirituales*, pro manuscrito, p. 67; después en J. Escrivá de Balaguer, *Camino*, Madrid 1989, n. 731. Utilizo aquí la edición crítica de *Amigos de Dios*, preparada por Antonio Aranda, en Rialp, Madrid 2025, y los datos en ella contenida; seguimos la numeración ofrecida en este volumen.

3 Datos extraídos de 1968, <https://es.wikipedia.org/wiki/1968>; cf. Andrés Garrigó: «Que Escrivá aceptara hablar con *Gaceta Universitaria* en plena dictadura era una apuesta por la libertad», <https://conversacionescon.es/que-escriva-aceptara-hablar-con-gaceta-universitaria-en-plena-dictadura-era-una-apuesta-por-la-libertad/> (02.04.2025); cfr. *Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 2025, nn. 39-40.

Josemaría predicaba esa meditación. Supuso una serie de protestas, formada por estudiantes contrarios al capitalismo, el imperialismo, el autoritarismo y la sociedad de consumo. En Alemania, los disturbios estudiantiles habían comenzado en 1967, cuando el estudiante Benno Ohnesorg recibió un disparo de un policía durante una protesta contra la visita de Mohammad Reza Pahlavi, el *sah* de Irán. Se considera que el movimiento comenzó formalmente después del intento de asesinato del líder activista estudiantil Rudi Dutschke el 11 de abril de 1968, y provocó varias protestas en toda la República federal. El movimiento crearía cambios duraderos en la cultura alemana y la llamada «generación del 68». Existe aquí, pues, un punto de conexión entre Josemaría Escrivá y Joseph Ratzinger, como veremos a continuación: entre un santo contemporáneo y un teólogo que llegó a papa y escribió precisamente una encíclica sobre la esperanza⁴.

Una teología de la esperanza

Vayamos así a los orígenes de estas ideas en tierras germanas. La «teología de la esperanza» había sido propuesta por el teólogo evangélico Jürgen Moltmann (1926-2024), quien en 1964 había publicado con gran éxito su *Teología de la esperanza*, con el que se había convertido en la figura más representativa de la teología protestante de aquel entonces⁵. Introducía en la teología el «principio esperanza» del filósofo Ernst Bloch (1885-1977), al proponer todo el mensaje cristiano en clave escatológica. La esperanza será lo más determinante de la vida cristiana; es más, la praxis –también política– será indispensable para transformar el futuro. Del origen del ser pasamos al futuro del devenir. Todo esto tendrá un inevitable desenlace en la utopía política de las teologías de la liberación, de la cruz y de la revolución⁶.

«Poco después mi trabajo me llevó a ocuparme del pensamiento de Ernst Bloch –evocaba el Ratzinger teólogo años después–, para quien el “principio

4 Movimiento estudiantil alemán, https://es.wikipedia.org/wiki/Movimiento_estudiantil_alem%C3%A1n (02.04.2025).

5 Cf. B. Mondin, *Storia della teologia*, t. 4: *Epoca contemporanea*, Bologna 2019, pp. 489-490; E. Vilanova, *Historia de la teología cristiana*, t. 3: *Siglos XVIII, XIX y XX*, Barcelona 1992, pp. 771-774.

6 Cf. J. L. Illanes, *La teología en las épocas moderna y contemporánea*, en: J. L. Illanes, J. I. Saranyana, *Historia de la teología*, Madrid 1995, pp. 374-377; E. Vilanova, *Historia de la teología cristiana*, t. 3, Barcelona 1989, pp. 772-773; J.-I. Saranyana, *Historia de la teología cristiana (750-2000)*, Pamplona 2020, pp. 708-713.

de la esperanza” es la figura especulativa central». Según Bloch, la esperanza es la ontología de lo aún no existente, pues una filosofía justa no debe pensar en estudiar lo que es –sería algo conservador o reaccionario–, sino a preparar lo que aún no es: la utopía, el futuro, lo que ha de venir. Las nuevas categorías eran progreso, esperanza, optimismo, evolución y revolución.

La tarea del hombre creativo es, por tanto, la de crear el mundo justo que aún no existe; para esta tarea tan elevada la filosofía debe desempeñar una tarea decisiva: se convierte en el laboratorio de la esperanza, en la anticipación del mundo del mañana en el pensamiento, en la anticipación de un mundo razonable y humano.

Así, aquí la esperanza es «la virtud de una ontología de lucha, la fuerza dinámica de la marcha hacia la utopía». Por el contrario, para Ratzinger, «el fin de la esperanza cristiana es el reino de Dios, es decir la unión de hombre y mundo con Dios mediante un acto del divino poder y amor»⁷.

En su famosa *Introducción al cristianismo*, dictada en 1967, el mismo año en que tenían lugar las revueltas estudiantiles en Alemania, acudía a la perspectiva mesiánica del pueblo escogido en la figura de Moisés. Esto significa que el cristianismo mira siempre a un futuro mejor e inmejorable: el que es «fe en la creación y que por eso cree en el primado del Logos, en la inteligencia creadora como principio y origen, lo acepta también como fin, como futuro,

7 J. Ratzinger, *Auf Christus schauen. Einübung in Glaube, Hoffnung, Liebe*, Freiburg 1989; tr. esp.: *Mirar a Cristo. Ejercicios de fe, esperanza y amor*, Valencia 2005, pp. 47, 52. Criticando la ideología del progreso, Ratzinger continuaba con las siguientes palabras: «El optimismo ideológico es, en realidad, una pura fachada de un mundo sin esperanza, un mundo que con esta fachada ilusoria quiere esconder su propia desesperación. Sólo así se explica la desmesurada e irracional angustia, el miedo traumático y violento que irrumpe, cuando un accidente en el desarrollo técnico o económico plantea dudas sobre el dogma del progreso» (ibidem, p. 54). Por el contrario, fundamentaba la esperanza cristiana en los ejemplos bíblicos de Jeremía, el *Apocalipsis* y el sermón de la montaña, donde no aparece un éxito fácil sino con una cierta condición escatológica, así como en los desarrollos de Buenaventura, Tomás de Aquino y el *Catecismo romano* (cf. ibidem, pp. 55–72). Así, animaba a unir la esperanza con las demás virtudes teológicas, para alcanzar su totalidad: «El amor buscado por la esperanza cristiana a la luz de la fe no es un asunto particular, individual, no se cierra en un pequeño mundo privado. Este amor me abre todo el universo, que por medio del amor se convierte en “paraíso”» (ibidem, p. 73). Para superar la melancolía y la pereza espiritual, el «pelagianismo burgués» y el «pelagianismo de los piadosos», en la Iglesia, y no caer en «un exceso de actividad exterior» para «colmar la íntima miseria y la pereza del corazón, que siguen a la falta de fe, de esperanza y de amor a Dios y a su imagen reflejada en el hombre». Si «no se atreve ya a lo auténtico y grande, tiene necesidad de preocuparse con las cosas penúltimas. Y sin embargo ese sentimiento de “demasiado poco” sigue creciendo» (ibidem, p. 80; cf. pp. 84–90).

como lo venidero». No es nostalgia del pasado ni «mirar pura y simplemente a lo eterno», sino «mirar hacia adelante, tantear con esperanza». Pero la esperanza no se puede plantear sola y aislada, pues se convertiría en mera utopía. La segunda virtud teologal se mueve así entre el pasado, el presente y el futuro, aunque los dos primeros no nos gusten demasiado. «Este es el horizonte comprensivo de lo cristiano, que se aleja tanto de la metafísica pura [y atemporal] como de la ideología del futuro propuesta por el marxismo». Por eso no podemos idealizar la esperanza como si de una utopía se tratara: «el signo del futuro será la cruz, su rostro en el mundo será un rostro lleno de sangre y heridas»⁸.

En 1970 publicó una serie de conversaciones radiofónicas con el título *Fe y futuro*, además de una serie de homilías publicadas tres años después con el título *La esperanza del grano de mostaza*⁹. Pero sobre todo será su *Escatología* (1977), de la cual Ratzinger se sentía especialmente orgulloso, donde abordó algunos de los temas contenidos sobre este gran catalizador de la vida

8 J. Ratzinger, *Einführung in das Christentum*, München 1968; tr. esp.: *Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el credo apostólico*, Salamanca 2001, p. 203; cf. también pp. 103, 106. Aquí diferencia claramente entre la concepción cristiana de la esperanza y su versión marxista, que la convierte en pura utopía, en mero «paraíso comunista» que nunca llega. El principio marxista «se apoya en la pasividad, porque el proletariado es el paciente salvador del mundo». Mientras para el cristianismo es uno el redentor del mundo, para el marxismo lo será una colectividad que se resuelve al final en el anonimato, en nadie. Pero el cristianismo mueve a la acción, a la iniciativa también personal, porque no hay nada más activo que el amor. En este «está también incluido el principio de la esperanza que, superando el instante y su aislamiento, corre en busca del todo» (ibidem, pp. 222, 225). La esperanza culmina en el amor que no desaparecerá nunca, pues «el amor nunca se extingue» (1 Co 13, 8).

9 J. Ratzinger, *Glaube und Zukunft*, München 1970; tr. esp.: *Fe y futuro*, Salamanca 1972. J. Ratzinger, *Die Hoffnung des Senfkorns*, Meitingen 1973. En este volumen, que contiene una serie de meditaciones a lo largo del año, aparece por ejemplo «Die Gabe des Geistes als Frucht des Kreuzes» (ibidem, pp. 18–20), «Der Leib und die himmlische Herrlichkeit» (ibidem, pp. 26–28), «Beten für den Toten» (ibidem, pp. 34–36), o «Dein Reich komme» (ibidem, pp. 37–39). En este último texto, se planteaba que «la esperanza cristiana era una palabra vacía y que, por lo tanto, sigue la ley de aquello que está vacío». Así, la verdadera esperanza estaría «en la primera y la segunda venida de Jesucristo»: «Si la “primera venida” de Jesús ha llegado de una vez por todas, entonces también llegará la “segunda venida”. Si todos han podido entrar en el establo, entonces este se convierte en el lugar de la santidad. En el establo se divide el mundo. El Niño rechazado es el juico, y también la salvación» (ibidem, p. 38). Y terminaba con la siguiente pregunta: «La verdadera alegría es el regalo para la comunión, al reconocer a Dios como algo suyo. ¿Y no tendríamos que aprender también a prepararnos para ello de una forma completamente nueva?» (ibidem, p. 39).

cristiana¹⁰. En este manual, del que Ratzinger se mostraba especialmente orgulloso, criticó la teología de la esperanza de Moltmann, pues suponía una mundanización (*Verweltlichung*) de la perspectiva escatológica: secularizarla para convertirla en una esperanza meramente humana. Allí se reducía el tiempo escatológico al futuro histórico, sacándolo del ámbito de la eternidad. Consistía así en una secularización del mensaje escatológico cristiano: «Ser cristiano significa hacer frente a la situación del presente a partir del futuro»¹¹. De esta manera, la teología de la esperanza se convirtió después en teología política, teología de la revolución, de la liberación, indigenista o de la raza negra, a partir de una matriz ideológica o dialéctica. «En cuanto la escatología se convierte en utopía política –añade–, la esperanza cristiana pierde su poder»¹².

10 J. Ratzinger, *Eschatologie – Tod und ewiges Leben*, en: J. Auer, J. Ratzinger, *Kleine katholische Dogmatik*, Regensburg 1977; tr. esp.: *Escatología*, Barcelona 2007.

11 J. Ratzinger, *Escatología*, p. 65.

12 J. Ratzinger, *Escatología*, p. 66. Sobre este tema, puede verse T. Rowland, *Variations on the theme of Christian hope in the work of Joseph Ratzinger/Benedict XVI*, «Communio» 35 (2008), pp. 210–211; I. Murillo, *Crítica moderna de la esperanza cristiana. Progreso y esperanza*, en: *Salvados en esperanza. Comentarios a la encíclica de Benedicto XVI «Spe salvi»*, coord. por J. García Rojo, J. R. Flecha, Salamanca 2008, pp. 25–44; S. Del Cura, «Spe salvi» y la *Escatología cristiana*, en: *El pensamiento de Joseph Ratzinger, teólogo y papa*, ed. S. Madrigal, Madrid 2009, pp. 149–193; R. Amiri, M. M. Keys, *Benedict XVI on liberal modernity's need for the «Theological virtues» of faith, hope, and love*, «Perspectives on Political Science» 41 (2012), pp. 11–18; E. Eslava, *Ratzinger, marxismo y liberación*, «Cuestiones Teológicas» 52 (2025) núm. 117, pp. 1–23; A. Vargas, E. Eslava, *Ratzinger: de la esperanza moderna a la esperanza de la salvación* (pro manuscrito) 2025. En su comentado y polémico *Informe sobre la fe* (1985), el prefecto bávaro recordaba que «la Iglesia debe encontrar el lenguaje apropiado para un mensaje permanentemente válido: la vida es algo extremadamente serio, y hemos de estar atentos para no rechazar la oferta de vida eterna –de eterna amistad con Cristo–, que se le hace a cada uno» (J. Ratzinger, *Informe sobre la fe*, Madrid 2005, pp. 159–160). Se ocupaba también de la tercera virtud teologal igualmente en *Mirar a Cristo* (1989) e *Imágenes de esperanza* (1997): *Bilder der Hoffnung. Wanderungen im Kirchenjahr*, Freiburg 1997. En este título que recoge una síntesis entre arte y teología, aparece un texto titulado «Pascua», que termina con las siguientes palabras: «A este camino [de vida eterna] nos invitan las campanas de Pascua. Continuamente encuentran al hombre en la noche. Pero allí donde pueden tocar el corazón, la noche cede ante la oscuridad, se disipa la oscuridad y se convierte en día» (J. Ratzinger, *Imágenes de la esperanza. Itinerarios para el año litúrgico*, Madrid 1998, p. 41). En «La ascensión de Cristo al cielo» evoca «el recuerdo de la noche de Getsemaní: el lugar del pavor se convierte en el lugar de la esperanza» (ibidem, p. 59). En «A los pies de la cúpula de San Pedro», refiriéndose al cementerio del Campo Teutónico, con motivo de la festividad de Todos los Santos, predicaba el entonces prefecto: «Así, sobre la muerte se yergue aquí el signo de esperanza: quien se hace enterrar en este lugar, se aferra a la esperanza, a la victoriosa fe de Pedro y de los mártires. [...] Así, el cementerio, el lugar de la tristeza y la caducidad, se ha convertido en un lugar de esperanza. [...] Esta transformación del lugar de tristeza en un lugar de esperanza se percibe también

Lógicamente iba más allá al proponer toda una teología de la esperanza, donde volvía a insistir en la relación con la caridad: «La esperanza existe únicamente donde se da el amor. El ser humano puede esperar, porque en el Cristo crucificado ha surgido el amor más allá y por encima de la muerte». Cristo es la gran esperanza, fundamento de toda esperanza humana y personal; más en concreto, toda nuestra esperanza está cifrada en la resurrección de Jesús, el Cristo: «para el nuevo testamento, resurrección es un acontecimiento positivo, una palabra de esperanza». «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe» (1Co 15, 14), vana es nuestra esperanza; pero en ella podemos esperar un mundo mejor, que «no es un producto del pensamiento técnico, sino basado en la espiritualidad judeocristiana». No estamos abocados a un nirvana, al eterno retorno de lo mismo, a la esperanza vacía. Cabe el progreso que ha de confluir en el verdadero y definitivo progreso: la resurrección de Cristo y, en ella, la de todos nosotros, en el último día. Allí, en la parusía, alcanzaremos la plenitud del reino de Dios: «ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo habrá desaparecido» (Apc 21, 14)¹³.

La esperanza en 1968

Yendo ahora a san Josemaría, podemos apreciar cómo estaba muy atento en ese año a los acontecimientos del mundo y a las tensiones que surgían en torno al mes de mayo. En medio de este clima de cambio, continuó promoviendo su mensaje sobre la importancia de vivir la fe en la vida cotidiana y la necesidad de encontrar a Dios en el trabajo y en las actividades diarias. En ese contexto, enfatizó también la importancia de la estabilidad y la paz interior, animando a los miembros del Opus Dei a ser luz en medio de la confusión, y a vivir su vocación con alegría y firmeza. Su enfoque en la santificación del trabajo y la vida ordinaria se volvió aún más relevante en un momento en que muchos cuestionaban las estructuras tradicionales. En este contexto,

en la forma exterior de este cementerio, de los cementerios cristianos en general: lo embellecen flores y árboles; lo adornan signos de amor y solidaridad. Es como un jardín, un pequeño paraíso de paz en un mundo sin paz y, por tanto, un signo de vida nueva. El cementerio como lugar de esperanza: esto es cristiano» (ibidem, p. 96; cf. también ibidem, pp. 99-103).

¹³ J. Ratzinger, *Imágenes de la esperanza*, pp. 72, 117, 197. Cf. M. Gagliardi, *L'enciclica «Spe salvi». Alla luce della «Deus caritas est» e della teologia di Joseph Ratzinger*, «Communio» 215 (2008), pp. 59-79; J. Noriega, *Cuando el amor se transforma en esperanza*, en: *La esperanza: ancla y estrella. En torno a la encíclica «Spe salvi»*, coord. por J. Granados, J. Noriega, Burgos 2008, pp. 127-144.

pronunció la homilía *La esperanza del cristiano*, la cual comenzaba evocando la mencionada cita:

Hace ya bastantes años, con un convencimiento que se acrecentaba de día en día, escribí: «espéralo todo de Jesús: tú no tienes nada, no vales nada, no puedes nada. Él obrará, si en Él te abandonas». Ha pasado el tiempo, y aquella convicción mía se ha hecho aún más robusta, más honda. He visto, en muchas vidas, que la esperanza en Dios enciende maravillosas hogueras de amor, con un fuego que mantiene palpitante el corazón, sin desánimos, sin decaimientos, aunque a lo largo del camino se sufra, y a veces se sufra de veras¹⁴.

Y concluía con las siguientes palabras, de tipo programático, donde la esperanza no está solo en el cielo, sino también en esta tierra: «Un cristiano sincero, coherente con su fe, no actúa más que cara a Dios, con visión sobrenatural; trabaja en este mundo, al que ama apasionadamente, metido en los afanes de la tierra, con la mirada en el cielo»¹⁵. Allí, tras citar de nuevo a san Pablo (Rm 5, 1-5; 12, 12) y tras haber hablado de la «vida divina» opuesta a la «vida animal»¹⁶ (en un apartado llamado «Esperanzas terrenas y esperanza cristiana»), explica lo que esta no es esta virtud teologal: «un asidero para seguir deambulando sin complicaciones, sin inquietudes de conciencia»; «un expediente que permite aplazar *sine die* la oportuna rectificación de la

14 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, edición crítico-histórica preparada por A. Aranda, Madrid 2025, n. 205a. Véase P. O'Callaghan, *La virtud de la esperanza y la ascética cristiana en algunos escritos del Beato Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei*, «Romana: boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei» 12 (1996) núm. 23, pp. 262-279.

15 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 206c. De ese mismo año es la resolución del marquesado de Peralta, una polémica que supuso un desgaste importante para el fundador del Opus Dei: «Ya os he abierto mi conciencia: es, de mi parte, una obligación razonable y sobrenatural. / Un abrazo muy grande. Contento, de tanta labor de almas que hacéis en esa queridísima tierra nuestra. / Os quiere y os bendice vuestro Padre, / Mariano». Pasado el plazo legal de tres meses sin que nadie impugnase la petición del título, se presentó –el 26 de abril de 1968– la documentación pertinente. El decreto de 24 de julio reconoce al solicitante el título de Marqués de Peralta; y el despacho de rehabilitación lleva fecha de 5 de noviembre de 1968. «No falló el Fundador en sus previsiones. Hubo críticas, gritería y rasgaduras de vestimenta. A todo esto, el Padre no abrió la boca ni hizo siquiera mención del título. Al correr de los meses el alboroto se fue apaciguando y, pasado un tiempo prudencial, don Josemaría, como había decidido desde el principio, hizo cesión de su título al hermano» (A. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, t. 3: *Los caminos divinos de la tierra*, Madrid 2003, pp. 558-559).

16 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 206c. Sobre los textos paulinos, puede verse: F. Varo, *Alegres con esperanza. Textos de San Pablo meditados por San Josemaría*, Madrid 2009; P. O'Callaghan, *La virtud de la esperanza*, pp. 262-279.

conducta, la lucha para alcanzar metas nobles y, sobre todo, el fin supremo de unirnos con Dios»¹⁷. Es decir, el procrastinar para desesperar: «Yo diría que ése es el camino para confundir la esperanza con la comodidad», que lleva a la decadencia humana y sobrenatural, antropológica y teologal:

Con un alma tímida, encogida, perezosa, la criatura se llena de sutiles egoísmos y se conforma con que los días, los años, transcurran *sine spe nec metu*, sin aspiraciones que exijan esfuerzos, sin las zozobras de la pelea: lo que importa es evitar el riesgo del desaire y de las lágrimas¹⁸.

Tampoco es la esperanza «poesía fácil» ni lleva a «una ilusión, a un ensueño utópico, al simple consuelo ante las congojas de una vida difícil», por la que la «¡falsa esperanza!» se convierte «en una frívola veleidad, que a nada conduce»¹⁹. De nuevo la utopía o una falsa distopía que solo genera miedo ante el futuro incierto y perverso: de las esperanzas pequeñas hemos de ir a «la gran esperanza», Jesucristo, como la llamará después Benedicto XVI. La esperanza cristiana no es optimismo ingenuo: es certeza de que Dios trabaja incluso en el silencio. No constituye, sin embargo, esta una llamada a la pasividad: «Esta precariedad no sofoca la esperanza. Al contrario, cuando reconocemos las pequeñeces y la contingencia de las iniciativas terrenas, ese trabajo se abre a la auténtica esperanza, que eleva todo el humano quehacer y lo convierte en lugar de encuentro con Dios»²⁰. Describía después Escrivá el fundamento de la esperanza: la condición filial, verdadero centro de gravedad de la espiritualidad por él predicada: «A mí, y deseo que a vosotros os ocurra lo mismo, la seguridad de sentirme – de saberme – hijo de Dios me llena de verdadera esperanza», al considerarme hijo de Dios en el Hijo.

17 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 207a; cf. P. O'Callaghan, *Esperanza*, en: *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, coord. J. L. Illanes, Burgos 2013, pp. 426, 427–429.

18 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 207b.

19 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 207c.

20 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 208b.

Por esto, la esperanza no me separa de las cosas de esta tierra, sino que me acerca a esas realidades de un modo nuevo, cristiano, que trata de descubrir en toda la relación de la naturaleza, caída, con Dios Creador y con Dios Redentor²¹.

El fundamento de la esperanza

Spe salvi facti sumus: «Salvados en / por la esperanza» (Rm 8, 24); así se titulaba la segunda encíclica de Benedicto XVI, aparecida con fecha del 30 de noviembre de 2007, fiesta de san Andrés, apóstol a quien los orientales profesan una especial devoción, en vísperas del adviento, tiempo de espera y esperanza. Benedicto XVI publicaba su segunda encíclica sobre esta virtud teologal, tras la dedicada a la caridad en enero de 2006, y titulada *Deus caritas est*. En esta nueva encíclica se apreciaba un intenso tono ecuménico, por ejemplo, cuando aludía a la doctrina sobre el purgatorio (cf. *Spe salvi*, [en adelante: SpS] 48) y, a la vez, el papa alemán propone un diálogo crítico con la modernidad en torno al tema de la esperanza. El que había sido como prefecto el «guardián de la fe» era ahora también el papa del amor y la esperanza. La «crisis actual de la fe» es sobre todo «una crisis de la esperanza cristiana» (SpS 17), afirmaba. A pesar de la curiosa reacción inicial por parte de algunos, la encíclica fue en general bien acogida por parte de los académicos y de los medios de comunicación, por ser un tema acorde con las necesidades actuales de la sociedad y de las personas²².

21 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 208c; cf. P. O'Callaghan, *La virtud de la esperanza*, pp. 273–274; P. O'Callaghan, *Esperanza*, pp. 425–426, 427.

22 Cf., por ejemplo, E. González, *Benedicto XVI vuelve al integrismo preconciliar en su segunda encíclica*, «El País» 1.12.2007; P. Flores d'Arcais, *La cruzada de Benedicto XVI*, «El País» 17.12.2007; *Il Papa: «Marxismo e illuminismo. Ecco le speranze terrene fallite»*, «Il Corriere della sera» 1.12.2007; J. V. Boo, *La eternidad es sumergirse en el océano del amor infinito*, «ABC» 1.12.2007. Sobre esta encíclica, puede verse: M. Gelabert, *Una recepción teológica de la «Spe salvi»*, «Veritas. Revista de filosofía y teología» 3 (2008) núm. 18, pp. 35–37; J. L. Illanes Maestre, *Cristo, esperanza del mundo: reflexiones sobre la encíclica «Spe salvi»*, Madrid 2011; *La speranza, attesa di un eterno già donato: Commenti all'enciclica «Spe salvi» di Benedetto XVI*, a cura di G. Russo, Torino 2008; J. Núñez, *El fundamento bíblico de «Spe salvi»*, en: *Salvados en esperanza*, pp. 77–94; L. Sánchez, *Renacidos para la esperanza: Pablo y la esperanza cristiana*, en: *La esperanza: ancla y estrella*, pp. 39–52; G. Castillo Gutiérrez, *Una lectura educativa a la encíclica «Spe salvi» de Benedicto XVI*, «Veritas: revista de filosofía y teología» 2020 núm. 45, pp. 143–159; U. Migut, *Horyzonty nadziei chrześcijańskiej w świetle encykliki Benedykta XVI «Spe salvi» oraz teologii posoborowej*, «Studia Elbląskie» 20 (2019), pp. 403–416; J. Fernández Cueto Gutiérrez, *Las aportaciones doctrinales sobre la Esperanza en*

La esperanza en el tercer milenio

En esta segunda encíclica comenzaba Benedicto XVI con un pasaje de la carta de Pablo a los romanos (8, 24), y se preguntaba: ¿qué tipo de esperanza? Para evitar equívocos, afirmaba que «la fe es esperanza», es decir, la primera virtud teologal se constituye en su auténtico fundamento. Por eso la esperanza que aquí se presenta es la cristiana, la que procede de la fe. Frente a los «sin Dios», el cristiano se apoya en aquél que le da toda esperanza, y constituye «un elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro»: su vida «no acaba en el vacío» (SpS 2). Esta esperanza tiene su fundamento en el Dios revelado en Jesucristo, y no en un mesías humano o humanizado. Ese Jesús que, en los antiguos sarcófagos cristianos, era representado como filósofo y pastor, como verdad y amor a la vez, es decir, como «camino, verdad y vida» (Jn 14, 6)²³.

El tener un fundamento firme –el de la fe– garantiza la fidelidad y la paciencia, «hermana pequeña de la esperanza», como decía Charles Péguy. «El creyente necesita saber esperar soportando pacientemente las pruebas para poder “alcanzar la promesa” (cf. Hb 10, 36)» (SpS 8). Esta fe fundamenta toda esperanza y toda espera en la vida eterna, sigue explicando Benedicto XVI. Resulta evidente y notoria la originalidad de los escritos del papa y, de modo especial, de esta encíclica sobre la esperanza, tal vez la más personal de todas. No se trataba de un documento emanado de una oficina oportunamente informada, sino que constituía una reflexión personal sobre un determinado problema actual. Las fuentes eran, en primerísimo lugar, la Escritura –como no podía ser de otra manera–, sin renunciar a utilizar incluso los hallazgos de la exégesis actual (cf. SpS 2–5, 7–9). A la vez, se acercaba con gran aprovechamiento a la teología de los Padres –especialmente de su maestro san Agustín–,

la Encíclica «*Spe salvi*» de Benedicto XVI en el contexto del reciente Magisterio de la Iglesia, Roma 2013; *Eine Kultur der Hoffnung bauen: Papst Benedikt XVI. und die Idee guter Zukunft*, Hrsg. C. Sedmak, M. P. Teixeira, H. P. Gaisbauer, Regensburg 2013; J.-J. Alviar, *Paralelismos y divergencias entre la encíclica «Spe salvi» y escritos anteriores de Joseph Ratzinger*, «*Scripta Theologica*» 54 (2022) núm. 3, pp. 671–695.

23 Con un toque exegético sostenía el pontífice alemán: «Jesús no era Espartaco, no era un combatiente por una liberación política como Barrabás o Bar-Kokebá. Lo que Jesús había traído, al morir Él mismo en la cruz, era algo del todo diferente: el encuentro con el Señor de todos los señores, el encuentro con el Dios vivo y, así, el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud» (SpS 4). L. Rodríguez, *Los sucedáneos de la esperanza*, en: *Salvados en esperanza*, pp. 45–58; P. O’Callaghan, *Esperanza*, p. 427.

así como a la vida y a los escritos de santos y de testigos de la fe. La «fe de los sencillos» ha constituido siempre una importante fuente de su pensamiento, al mismo tiempo que se considera a los santos como continuos inspiradores, como «los verdaderos reformadores»²⁴.

Pero no dudaba tampoco el papa alemán en dialogar con la modernidad y la posmodernidad, en prestar oído a las voces –a veces críticas, otras concordantes– de los filósofos Francis Bacon (1561–1626), Immanuel Kant (1724–1804) o Karl Marx (1818–1883), además de los citados representantes de la escuela de Fráncfort. Esto supone un acto premeditado de decisión y de voluntad de diálogo con la razón secular, que no excluía una decidida crítica por parte de la fe que Dios nos revela en Jesucristo. Si alguno pudiera pensar que el hablar sobre el juicio final o los novísimos podría suponer un acto reaccionario o retrógrado, tal vez tendría que descubrir que Joseph Ratzinger (Benedicto XVI) no es un nostálgico o un pensador premoderno o antimoderno. Tampoco es un posmoderno en el sentido habitual del término, aunque sus propuestas hacen entrar en crisis y a la vez dialogan con la posmodernidad. Pero está claro que mira al futuro y lo mira con esperanza: con la esperanza que Cristo nos ha conquistado (cf. Rm 5, 1–11)²⁵.

Tras esta aproximación teológica, realizaba Benedicto XVI un análisis del concepto de esperanza en la actualidad, al considerar las distintas esperanzas e ilusiones que han surgido a partir de la modernidad. El pontífice pone en tela de juicio el mito del progreso, que depende tan solo de los resultados de la ciencia y la tecnología, que genera el mito del progreso, el progresismo como ideología. La fe ciega en el progreso es una de las desilusiones analizadas, al igual que el mito según el cual el hombre podría ser redimido tan solo por

24 Así, por sus páginas desfilan Agustín de Hipona (354–430), Benito de Nursia (480–547), Francisco de Asís (1181/2–1226) y san Bernardo, junto con los testimonios contemporáneos de la sudanesa Josefi-na Bakhita (1869–1947), del mártir Pablo Le-Bao-Thin (1793–1857) y del cardenal Nguyen Van Thuan (1928–2002), ambos vietnamitas. Sobre este tema, puede verse: J. T. Waldemar, *Encyklika «Spe salvi»: śladami Augustyna*, «Vox Patrum» 52 (2008) nr 2, pp. 1181–1188; D. Doyle, «*Spe salvi*» on eschatological and secular hope: A thomistic critique of an augustinian encyclical», *Theological Studies* 71 (2010) issue 2, pp. 350–379.

25 Cf. P. Blanco-Sarto, *Benedicto XVI, ¿un pensador posmoderno?*, «Límite. Revista Interdisciplinaria de Filosofía y Psicología» 9 (2014) núm. 29, pp. 35–62; F. Conesa, *El diálogo crítico del cristianismo con la modernidad en la encíclica «Spe salvi» de Benedicto XVI*, *Scripta Theologica* 54 (2022) núm. 3, pp. 697–717; I. de Ribera Martín, *El viaje de Ulises: la secularización de la Esperanza*, en: *La esperanza: ancla y estrella*, pp. 53–68.

la ciencia: «La ciencia puede contribuir mucho a la humanización del mundo y de la humanidad. Pero también puede destruir al hombre y al mundo si no está orientada por fuerzas externas a ella misma». La ciencia puede construir o destruir: «No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor» (SpS 24–26), de modo que quería ir a lo esencial y a las raíces²⁶.

Benedicto XVI criticaba así las utopías políticas y terrenales, nacidas algunas de ellas en tierras germanas y que ponen todas sus esperanzas en este mundo. La encíclica muestra las desilusiones vividas por la humanidad en los últimos tiempos, como –por ejemplo– el marxismo que «ha olvidado al hombre y ha olvidado su libertad. Ha olvidado que la libertad es siempre libertad, incluso para el mal. Creyó que, una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado». El papa alemán analiza de esta manera las causas del colapso: «Su verdadero error –aclara– es el materialismo: en efecto, el hombre no es sólo el producto de condiciones económicas y no es posible curarlo sólo desde fuera, creando condiciones económicas favorables» (SpS 20–21). Como se recordará, la encíclica explicaba que Jesús no trajo un «mensaje socio-revolucionario», «no era un combatiente por una liberación política»; sino que, por el contrario, nos permitió «el encuentro con el Dios vivo», «con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello transforma desde dentro la vida y el mundo» (SpS 4).

26 El fundamento se encuentra en los conceptos de razón y de libertad que ha utilizado la época moderna, a veces secularizados. Por un lado, los filósofos de la modernidad estaban separados de la Iglesia y de la fe cristiana (cf. SpS 18); por otro, también la misma fe cristiana resulta reducida –en este caso por Kant– a una «fe religiosa», a la religión dentro de los límites de la razón (cf. SpS 19). El reino de Dios acabaría, en última instancia, por ser de este mundo, según el filósofo de Königsberg y, de esta forma, «en el s. XVIII no faltó la fe en el progreso como nueva forma de la esperanza humana y siguió considerando la razón y la libertad como la idea-guía que se debía seguir en el camino de la esperanza» (SpS 20). El próximo escalón en este proceso será el marxismo, del que el papa alemán –tras reconocer algún acierto en sus reivindicaciones– critica su horizonte puramente material y limitado (cf. SpS 20–21). Puede verse también M. Gutiérrez Jaramillo, *La encíclica «Spe salvi» del papa Benedicto XVI en la dialéctica de la esperanza activa*, «Theologica Xaveriana» 59 (2009) núm. 168, pp. 393–422; D. García, *El rostro de la esperanza. Lectura cristológica de «Spe salvi»*, «Scriptorium Victorienense» 58 (2011) no. 1–2, pp. 151–221; D. Gardocki, *Christian hope as seen by J. Ratzinger / Benedict XVI*, «Verbum Vitae» 41 (2023) no. 2, pp. 271–290; F. Gómez, *The moorings of «Spe salvi» in the letters of Saint Paul*, «Philippiniana Sacra» 44 (2009) no. 131, pp. 235–257; J. de D. Larrú Ramos, *El realismo de la esperanza. La simbiosis entre las esperanzas y la gran esperanza*, en: *La esperanza: ancla y estrella*, pp. 71–95.

En quién esperar

En la misma línea en que lo hará el papa bávaro, en un nuevo apartado de su homilía, san Josemaría nos hablaba del objeto de la esperanza: «¿en qué debemos esperar?», o tal vez la pregunta sea más bien ¿en quién esperar? Y dirigía nuestra mirada «hacia cumbres más elevadas: infinitas». El énfasis va siempre dirigido a la culminación de toda la vida cristiana: «Nos interesa el amor mismo de Dios, gozarlo plenamente, con un gozo sin fin. [...] Por eso, con las alas de la esperanza, que anima a nuestros corazones a levantarse hasta Dios, hemos aprendido a rezar: *in te Domine speravi, non confundar in aeternum* (Sal 31; 71, 1), espero en Ti, Señor, para que me dirijas con tus manos ahora y en todo momento, por los siglos de los siglos»²⁷. Las alas son la esperanza, pero la meta es el amor, la unión con Dios. Esa esperanza nos dirige a la acción, pues el cristiano – al ser llamado – tiene un claro sentido de misión que no procede sin más de una voz interior:

Esta ha sido mi predicación constante desde 1928, recordaba: urge cristianizar la sociedad; llevar a todos los estratos de esta humanidad nuestra el sentido sobrenatural, de modo que unos y otros nos empeñemos en elevar al orden de la gracia el quehacer diario, la profesión u oficio. De esta forma, todas las ocupaciones humanas se iluminan con una esperanza nueva, que trasciende el tiempo y la caducidad de lo mundano²⁸.

La esperanza lleva a la acción concreta y diaria, y explicaba cuál es el origen de este milagro: «Por el bautismo, somos portadores de la palabra de Cristo, que serena, que enciende y aquieta las conciencias heridas. Y para que el Señor actúe en nosotros y por nosotros, hemos de decirle que estamos dispuestos a luchar cada jornada». El origen se encuentra en ese sacerdocio común o bautismal, por el que somos constituidos en «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios» (1 P 2, 9), como dice san Pedro. Esta vocación lleva a la paz, la concordia, el sentido positivo de la existencia: «Así, trabajaremos con renovado empeño, y enseñaremos a la

27 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 208c.

28 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 210a; cf. P. O'Callaghan, *La virtud de la esperanza*, pp. 278.

gente a reaccionar con serenidad, libres de odios, de recelos, de ignorancias, de incomprensiones, de pesimismo, porque Dios todo lo puede»²⁹.

«Todo lo puedo»: con este subtítulo de apariencia un tanto presuntuoso o pelagiano, san Josemaría continuaba hablando de amor, de lucha, de lucha esperanzada: «Si no luchas, no me digas que intentas identificarte más con Cristo, conocerle, amarle», también en la cruz y en la resurrección. «Te anticipo que este programa no resulta una empresa cómoda; que vivir a la manera que señala el Señor supone esfuerzo», y recuerda la retahíla de heroicidades y proezas que realizó el apóstol de las gentes: «Tres veces fui azotado con varas; una vez apedreado; tres veces naufragué; estuve una noche y un día hundido en alta mar», y añade: «peligros... peligros... peligros» (2 Co 11, 24–28)³⁰. Sin embargo, realizaba después una aparente rectificación, sosteniendo que el meollo de la vida cristiana se encuentra en lo normal, e incluso en lo vulgar:

Me gusta, en estas conversaciones con el Señor, ceñirme a la realidad en la que nos envolvemos, sin inventarme teorías, ni soñar con grandes renunciaciones, con heroicidades, que habitualmente no se dan. Importa que aprovechemos el tiempo, que se nos escapa

29 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 210b; cf. P. O'Callaghan, *La virtud de la esperanza*, pp. 266. Sobre el sacerdocio común, puede verse: P. Blanco-Sarto, *The common priesthood of Lutherans and Catholics*, «Roczniki Teologiczne» 69 (2022) z. 11, pp. 105–133. El análisis psicológico y ascético que había ofrecido hasta ahora el «santo de lo ordinario» se convierte ahora en teológico y espiritual, casi místico. «Alimentemos en nuestras conciencias, ante esa petición de Dios, los deseos esperanzados de santidad, con obras. “Dame, hijo mío, tu corazón” (Prov 23, 26), nos sugiere al oído». Por eso hemos de evitar «construir castillos con la fantasía», por lo que «los más nobles ideales se agostan como “la flor del heno que, al salir el sol ardiente, se seca la hierba, cae la flor, y se acaba su vistosa hermosura” (St 1, 10–11)» (J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 211), por no quitar toda esa hojarasca, esas malas hierbas que nacen en el jardín de nuestra alma. La esperanza se fundamenta, pues, en nuestra libertad y en el libre ejercicio del amor, cumbre de nuestra libertad. Entonces vienen las recomendaciones prácticas, que constituyen toda una regla de oro de la vida esperanzada: «Obra el bien –anima–, revisando tus actitudes ordinarias ante la ocupación de cada instante; practica la justicia, precisamente en los ámbitos que frecuentas, aunque te doubles por la fatiga; fomenta la felicidad de los que te rodean, sirviendo a los otros con alegría en el lugar de tu trabajo, con esfuerzo para acabarlo con la mayor perfección posible, con tu comprensión, con tu sonrisa, con tu actitud cristiana. Y todo, por Dios, con el pensamiento en su gloria, con la mirada alta, anhelando la Patria definitiva, que sólo ese fin merece la pena» (ibidem, n. 211c).

30 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 212a y b; cf. P. O'Callaghan, *La virtud de la esperanza*, pp. 264–265.

de las manos y que, con criterio cristiano, es más que oro, porque representa un anticipo de la gloria que se nos concederá después³¹.

Al palpar nuestro propio límite y nuestra fragilidad («descubriremos la bajeza de nuestro egoísmo, los zarpazos de la sensualidad, los manotazos de un orgullo inútil y ridículo, y muchas otras claudicaciones: tantas, tantas flaquezas»), este santo contemporáneo se preguntaba: «¿Descorazonarse? No», y de nuevo san Pablo: «pues cuando estoy débil, entonces soy más fuerte» (2 Co 11, 28)³²; y así nuestra esperanza está puesta en Dios: «Tú eres la misma fortaleza: *quia tu es, Deus, fortitudo mea* (S 62, 2)». Concretaba esto todavía más al decir: «vivo persuadido de que, sin mirar hacia arriba, sin Jesús, jamás lograré nada; y sé que mi fortaleza, para vencerme y para vencer, nace de repetir aquel grito: “todo lo puedo en Aquel que me conforta” (Flp 4, 13)»³³. Y entonces aparece de nuevo san Pablo, a quien cita implícitamente en el número siguiente: «El bien que quiero hacer no lo hago, y el mal que no quiero hacer, lo hago» (Rm 7, 19).

No hemos de extrañarnos. Arrastramos en nosotros mismos –consecuencia de la naturaleza caída– un principio de oposición, de resistencia a la gracia: son las heridas del pecado de origen, enconadas por nuestros pecados personales. Por tanto, hemos de emprender esas ascensiones, esas tareas divinas y humanas –las de cada día–, que siempre desembocan en el amor de Dios³⁴.

Insiste desde el punto de vista práctico en una lucha esperanzada, en una lucha llena de amor: «Te lo digo en nombre de Dios: no desesperes», pues la misma fragilidad «convierte esa ocasión en un motivo de unirse más con el Señor; porque Él, que te ha escogido como hijo, no te abandonará. Permite la prueba, para que ames más y descubras con más claridad su continua protección, su amor»³⁵. Y con un realismo que nace de poner bien las bases para construir nuestra esperanza, con expectativas de éxito:

31 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 212c; cf. P. O'Callaghan, *La virtud de la esperanza*, pp. 269–273.

32 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 212d.

33 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 213a y b.

34 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 214b.

35 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 214c.

Bien cogido del brazo del Señor, considera que Dios no pierde batallas. Si te alejas de Él por cualquier motivo, reacciona con la humildad de comenzar y recomenzar; de hacer de hijo pródigo todas las jornadas, incluso repetidamente en las veinticuatro horas del día; de ajustar tu corazón contrito en la confesión, verdadero milagro del amor de Dios³⁶.

El perdón y la «gran esperanza»

Como veíamos, para superar esta fractura que ha traído consecuencias evidentes y terribles también en los últimos tiempos, se requiere tanto un nuevo concepto de razón como de libertad, afirmaba Benedicto XVI con su declarada voluntad de diálogo con la modernidad. En primer lugar, una razón abierta, también a la fe; era este el gran tema –no el islam– del famoso discurso de Ratisbona de 2006³⁷. Así, «la razón necesita de la fe para llegar a ser totalmente ella misma: razón y fe se requieren mutuamente para realizar su verdadera naturaleza y su misión» (SpS 23). Pero también nuestra libertad ha de estar abierta a las demás libertades, pues el amor es el encuentro entre dos libertades, el cual mueve a la esperanza:

hablando de libertad, se ha de recordar que la libertad humana requiere que concurren varias libertades. Sin embargo, esto no se puede lograr si no está determinado por un común e intrínseco criterio de medida, que es fundamento y meta de nuestra libertad. Digámoslo ahora de manera muy sencilla: el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza (SpS 23).

«Dios no se cansa de perdonar»

El papa bávaro trazaba así «la verdadera fisonomía de la esperanza cristiana», centrado una vez más en el análisis del concepto moderno de libertad, y poniendo los fundamentos en la persona de Jesucristo. Era propuesta, de este modo, por Benedicto XVI no una libertad autónoma, sin vínculo alguno; sino una libertad heterónoma, con un hogar y con unos vínculos que la hagan crecer de verdad. Se buscaba así una libertad que libere de verdad:

³⁶ J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 214d.

³⁷ Cf. P. Blanco-Sarto, *Fe, razón y amor. Los discursos de Ratisbona*, «Scripta Theologica» 39 (2007) núm. 3, pp. 767–782.

La libertad necesita una convicción; una convicción no existe por sí misma, sino que ha de ser conquistada comunitariamente siempre de nuevo. [...] La libertad debe ser conquistada para el bien una y otra vez. La libre adhesión al bien nunca existe simplemente por sí misma (SpS 24).

Necesita, por el contrario, un fundamento más firme y estable; requiere en definitiva del soporte eterno de la verdad, del mismo Dios, que es a la vez verdad y amor, sigue diciendo. Entonces esa libertad crece en libertad, valga la redundancia, y en todos sus sentidos. «Con otras palabras: las buenas estructuras ayudan, pero por sí solas no bastan. El hombre nunca puede ser redimido solamente desde el exterior» (SpS 25)³⁸. Hace falta pues algo más que la ciencia y la tecnología.

No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor, habíamos dicho. Eso es válido incluso en el ámbito puramente intramundano. Cuando uno experimenta un gran amor en su vida, se trata de un momento de «redención» que da un nuevo sentido a su existencia. Pero muy pronto se da cuenta también de que el amor que se le ha dado, por sí solo, no soluciona el problema de su vida. Es un amor frágil. Puede ser destruido por la muerte. El ser humano necesita un amor incondicionado (SpS 26).

De este modo, el papa bávaro insistía en la necesidad de un Dios cristiano –una verdad y un amor hechos Persona–, que necesita abrirse, difundirse y llegar a más. Esto a su vez se proyecta en el ser humano: «La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco solo por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces “vivimos”» (SpS 27). Por eso la

³⁸ Necesita una liberación también interior. Se contiene aquí una crítica a la ciencia moderna, ajena a la libertad. «La ciencia puede contribuir mucho a la humanización del mundo y de la humanidad. Pero también puede destruir al hombre y al mundo si no está orientada por fuerzas externas a ella misma. Por otra parte, debemos constatar también que el cristianismo moderno, ante los éxitos de la ciencia en la progresiva estructuración del mundo, se ha concentrado en gran parte solo sobre el individuo y su salvación. Con esto ha reducido el horizonte de su esperanza y no ha reconocido tampoco suficientemente la grandeza de su cometido, si bien es importante lo que ha seguido haciendo para la formación del hombre y la atención de los débiles y de los que sufren» (SpS 25). Así, por ejemplo, la energía atómica es ambigua: puede servir para curar o para matar, y la ciencia no debe olvidar su vertiente ética y social; pero también viene a reivindicar esa vocación solidaria, colectiva, de la esperanza cristiana.

pregunta es: «¿no hemos caído en el individualismo de la salvación?» (SpS 28), y volvía a insistir de este modo en la superación de la esfera individual, para llegar al «nosotros». «¿Qué puedo hacer –añadía Benedicto XVI– para que otros se salven y para que surja también para ellos la estrella de la esperanza?», se preguntaba, pues «entonces habré hecho todo lo posible también por mi salvación personal» (SpS 48). Llega entonces el momento integrador: han de ser convenientemente armonizados el «yo» y el «nosotros», la libertad y la esperanza, las esperanzas humanas y la «fe-esperanza», la gran esperanza cristiana.

Así, «necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza –que ha de superar todo lo demás– aquellas no bastan. Esta gran esperanza solo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros no podemos alcanzar por nosotros mismos. De hecho, el recibir la gracia de un don forma parte de la esperanza» (SpS 31).

Esta dimensión relacional y solidaria de la esperanza cristiana era también propuesta por el santo de nuestros días a través del perdón y de la recuperación del amor. La relación rota con Dios puede siempre recomponerse. «Dios no se cansa de perdonar»: así subtitulaba el próximo apartado de la homilía de san Josemaría, que nos recuerda la revolucionaria afirmación del papa Francisco, que llenó los confesionarios del mundo: «Dios no se cansa de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón»³⁹. Y glosaba Escrivá esta misma idea: «Una vez más viene el Señor a nuestro encuentro, con esa advertencia divina, para hablarnos de su misericordia, de su ternura, de su clemencia, que nunca se acaban». Explicaba, por tanto, en qué consiste esta idea con las siguientes palabras: «Dios no quiere nuestras miserias, pero no las desconoce, y cuenta precisamente con esas debilidades para que nos hagamos santos»⁴⁰. Volvía, en fin, a hacer ese juego de contrastes entre mi yo y la omnipotencia de Dios:

Una sacudida de amor, os decía. Miro mi vida y, con sinceridad, veo que no soy nada, que no valgo nada, que no tengo nada, que no puedo nada; más: ¡que soy la nada!, pero Él es

39 Francisco, *Ángelus*, 17 de marzo de 2013, https://www.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2013/documents/papa-francesco_angelus_20130317.html.

40 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 215a.

el todo y, al mismo tiempo, es mío, y yo soy suyo, porque no me rechaza, porque se ha entregado por mí. ¿Habéis contemplado amor más grande?⁴¹

El fundamento de la esperanza es, pues, el perdón y el amor de Dios, el poder ser siempre perdonados, cuando hay una sincera declaración sobre quién soy yo: «Me postro ante Dios, y le expongo con claridad mi situación. Enseguida recibo la seguridad de su asistencia, y escucho en el fondo de mi corazón que Él me repite despacio: *meus es tu!* (Is 63, 1); sabía –y sé– cómo eres, ¡adelante!»⁴². Dios nos acepta con nuestra pobreza, con nuestra escasez, con nuestra insuficiencia. Tan solo nos pide que nos fiemos de Él y que nos entreguemos a su amor. De manera que también aquí la fe y el amor son el fundamento seguro de nuestra esperanza: «Dios no se cansa de amarnos. La esperanza nos demuestra que, sin Él, no logramos realizar ni el más pequeño deber», por lo que no cabe voluntarismo ni pelagianismo alguno; «y con Él –continuaba–, con su gracia, cicatrizarán nuestras heridas; nos revestiremos con su fortaleza para resistir a los ataques del enemigo, y mejoraremos». Cristo es el verdadero fundamento de nuestra esperanza. «En resumen», concluía: «la conciencia de que estamos hechos de barro de botijo nos ha de servir, sobre todo, para afirmar nuestra esperanza en Cristo Jesús»⁴³.

Por eso hemos de tener la suficiente iniciativa –el suficiente ejercicio de la libertad– para secundar su gracia. La vida es lucha, nos dicen los libros de autoayuda, pero aquí el fundamento es más firme y estable: «Si la situación

41 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 215b.

42 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 215c.

43 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 215d; cf. P. O'Callaghan, *La virtud de la esperanza*, pp. 274–277. Esto comporta las dificultades propias de la vida y la fortaleza, la resiliencia, la fuerza venida de Dios necesarias para aguantar estos obstáculos. «Compréndelo: si, al clavar un clavo en la pared, no encontrases resistencia, ¿qué podrías colgar allí? Si no nos robustecemos, con el auxilio divino, por medio del sacrificio, no alcanzaremos la condición de instrumentos del Señor». Ser instrumentos de Dios requiere que la herramienta sea buena y fiable. «En cambio, si nos decidimos a aprovechar con alegría las contrariedades, por amor de Dios, no nos costará ante lo difícil y lo desagradable, ante lo duro y lo incómodo, exclamar con los apóstoles Santiago y Juan: ¡podemos!» (J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 215c). Están siempre presentes nuestra debilidad y un personaje inquietante y muy activo «¡ése no se toma vacaciones!», «para arrancarnos la paz». Pero también está la fuerza de Dios, y aquí san Josemaría se muestra profundamente providencialista: «Acordaos de que la Providencia de Dios nos conduce sin pausas, y no escatima su auxilio – con milagros portentosos y con milagros menudos – para sacar adelante a sus hijos» (J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 217a; cf. P. O'Callaghan, *La virtud de la esperanza*, p. 279).

de lucha es connatural a la criatura humana, procuremos cumplir nuestras obligaciones con tenacidad, rezando y trabajando con buena voluntad, con rectitud de intención, con la mirada puesta en lo que Dios quiere». Los resultados serán de esta forma sorprendentes: «Así se colmarán nuestras ansias de amor, y progresaremos en la marcha hacia la santidad, aunque al terminar la jornada comprobemos que todavía nos queda por recorrer mucha distancia»⁴⁴. Pasamos así ahora de la definición a la descripción de los fundamentos de toda esperanza:

La virtud de la esperanza –seguridad de que Dios nos gobierna con su providente omnipotencia, que nos da los medios necesarios– nos habla de esa continua bondad del Señor con los hombres, contigo, conmigo, siempre dispuesto a oírnos, porque jamás se cansa de escuchar. Le interesan tus alegrías, tus éxitos, tu amor, y también tus apuros, tu dolor, tus fracasos⁴⁵.

44 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 217c.

45 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 218a. Y describe así las matemáticas de Dios: «somos una auténtica multitud de ceros», afirma explicando nuestra debilidad, nuestra fragilidad, nuestra insuficiencia; pero ese poco «se trocará en una fortaleza irresistible, porque a la izquierda de nuestro yo estará Cristo, y ¡qué cifra inconmensurable resulta!». Esta es la aritmética que rige nuestra vida cristiana, junto a nuestros ceros está ese uno, que es Cristo. Así, por muchos ceros que tengamos en nuestra vida, en nuestro currículum, en nuestro expediente, Cristo pondrá ese valor infinito a nuestra existencia, que lo sacará de su nulidad. Y la clave vuelve a estar en el «amor»: «es la reacción del enamorado, que mientras trabaja y mientras descansa, mientras goza y mientras padece, pone su pensamiento en la persona amada, y por ella se enfrenta gustosamente con los diferentes problemas». Lo que nos mueve y lo que nos motiva incansablemente es el amor, y por eso cabe la esperanza: «como Dios –insisto– no pierde batallas, nosotros, con Él, nos llamaremos vencedores», afirma citando el salmo 22, 2–4: «Tu clava y tu cayado son mi consuelo» (ibidem, n. 218b). De aquí pasa de nuevo a la recomendación práctica, a la vez que recurre de nuevo a los fundamentos, casi como si fuera un manual de autoayuda espiritual, pero también con un contenido programático: «Os recuerdo que sufriréis derrotas, o que pasaréis por altibajos –Dios permita que sean imperceptibles– en vuestra vida interior, porque nadie anda libre de esos percances. Pero el Señor, que es omnipotente y misericordioso, nos ha concedido los medios idóneos para vencer. Basta que los empleemos, como os comentaba antes, con la resolución de comenzar y recomenzar en cada momento, si fuera preciso». Y de aquí una recomendación práctica: «Acudid semanalmente –y siempre que lo necesitéis, sin dar cabida a los escrúpulos– al santo sacramento de la penitencia, al sacramento del divino perdón. [...] Optimismo, por lo tanto. Movidos por la fuerza de la esperanza, lucharemos para borrar la mancha viscosa que extienden los sembradores del odio, y redescubriremos el mundo con una perspectiva gozosa, porque ha salido hermoso y limpio de las manos de Dios, y así de bello lo restituiremos a Él, si aprendemos a arrepentirnos» (ibidem, n. 219b-c).

De modo análogo, en el apartado titulado «Lugares de la esperanza», el papa bávaro indicaba además cuatro «lugares» para aprender y ejercitar la esperanza. El primero es la oración, un lugar seguro para recuperar toda esperanza: «Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios» (SpS 32). Junto a la oración, viene la conversión. Para ser escuchados, necesitamos el cambio interior, que nos permita de verdad poder dirigirnos a Dios y a los demás: «Imagínate que Dios quiere llenarte de miel [símbolo de la ternura y la bondad de Dios]; si estás lleno de vinagre, ¿dónde pondrás la miel?»⁴⁶. Necesitamos limpiarnos por dentro, para poder llenarnos de Dios; allá donde hay vinagre y hiel, no puede haber miel. Es decir,

solo convirtiéndonos en hijos de Dios podemos estar con nuestro Padre común. Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás (SpS 33).

Con la mirada en el cielo

El segundo lugar de aprendizaje de la esperanza es el «actuar» y el «sufrir». Sin embargo, encontramos aquí una premisa en apariencia evidente: el reino de Dios solo puede venir de Dios. «Ciertamente, no “podemos construir” el reino de Dios con nuestras fuerzas; lo que construimos es siempre reino del hombre con todos los límites propios de la naturaleza humana. El reino de Dios es un don, y precisamente por eso es grande y hermoso, y constituye la respuesta a la esperanza» (SpS 35). Huyendo de la sola praxis y del activismo –dos bestias negras para el papa bávaro–, hemos de dejar hacer a Dios. No podemos salvarnos a nosotros mismos, ni tampoco «merecer el cielo» en sentido estricto, pues la solución está más en la santidad –que solo puede dar Dios– que en la actividad.

46 Cf. Augustinus, *In epistolam Ioannis ad Parthos tractatus decem* 4, 6, en: *Sancti Aurelii Augustini [...] opera omnia*, tomos 3, ed. J.-P. Migne, Parisiis 1864, col. 2008 (Patrologiae Cursus Completus. Series Latina, 35). Puede verse el comentario al respecto de M. Gelabert-Ballester, *Esperanza cristiana: su relación con la fe y sus lugares de aprendizaje*, «Scripta Theologica» 54 (2022) núm. 3, pp. 737–756.

Podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor y el bien. Es lo que han hecho los santos que, como «colaboradores de Dios», han contribuido a la salvación del mundo (cf. 1 Co 3, 9; 1 Ts 3, 2) (ibidem)⁴⁷.

El tercer «lugar» de la esperanza es el juicio final, a pesar de que sea esta una realidad olvidada en la catequesis y en la predicación. El juicio da justicia y esperanza a la vez. Aquí el papa alemán no duda en citar incluso a pensadores neomarxistas de la Escuela de Fráncfort, como Theodor Adorno (1903–1969) y Max Horkheimer (1895–1973), quienes llegan a esta misma conclusión por caminos muy distintos. El «sufrimiento de los inocentes» reclama una justicia más allá de la humana, tantas veces incompleta.

Dios revela su rostro precisamente en la figura del que sufre y comparte la condición del hombre abandonado por Dios, tomándola consigo. Este inocente que sufre se ha convertido en esperanza-certeza: Dios existe, y Dios sabe crear la justicia de un modo que nosotros no somos capaces de concebir y que, sin embargo, podemos intuir en la fe. Sí, existe la resurrección de la carne. Existe una justicia. Existe la «revocación» del sufrimiento pasado, la reparación que reestablece el derecho (n. 43)⁴⁸.

47 Además, nos encontramos en un contradictorio mundo en el que, por un lado, huye del dolor y, por otro, según algunos, van en aumento las complicaciones y los sufrimientos, también psíquicos. El estoicismo está de moda. «Precisamente cuando los hombres, intentando evitar toda dolencia, tratan de alejarse de todo lo que podría significar aflicción, cuando quieren ahorrarse la fatiga y el dolor de la verdad, del amor y del bien, entonces caen en una vida vacía en la que quizá ya no existe el dolor, pero –en la que la oscura sensación de la falta de sentido y de la soledad– este es aún mucho mayor. Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito» (SpS 37). El dolor y el sufrimiento engrandecen –si unen a Cristo– a las personas y a las sociedades. «Pero una vez más surge la pregunta: ¿somos capaces de esto?» (SpS 39).

48 El juicio final, explica, no será por tanto algo «amenazante y lúgubre» –reflejado a veces en el arte barroco–, aunque tampoco habrá «un borrado» que suprima sin más los pecados (cf. SpS 41). La justicia constituye el argumento esencial –o al menos el más convincente– en favor de la vida eterna, porque «es imposible que la injusticia de la historia constituya la última palabra» (SpS 43). «La gracia no excluye la justicia», sigue diciendo, «y al final, en el banquete eterno, los malvados no se sentarán tranquilamente al lado de las víctimas, como si nada hubiese ocurrido» (SpS 44). «La eternidad es sumergirse en el océano del amor infinito», había dicho antes (SpS 12). Benedicto XVI habla así del más allá y de las realidades últimas con una decisión que puede admirar a más de uno: cielo, infierno y purgatorio son analizados con profundidad y amplitud. Al final, todo se remite a Cristo: «Algunos teólogos recientes piensan que el fuego que arde, y que a la vez salva, es Cristo mismo, el Juez y Salvador. El encuentro con Él es el acto decisivo del juicio. Ante su mirada, toda falsedad se deshace. Es el encuentro con Él lo

San Josemaría, en la recta final de su homilía, volvía a anudar las tres virtudes teologales, como hacía ya la *Epístola a los hebreos*: «Crecemos en esperanza, que de este modo nos afianzaremos en la fe, “verdadero fundamento de las cosas que se esperan, y convencimiento de las que no se poseen” (11, 1)», y acudía de nuevo al gran amor: «Crecemos en esta virtud, que es suplicar al Señor que acreciente su caridad en nosotros, porque sólo se confía de veras en lo que se ama con todas las fuerzas. Y vale la pena amar al Señor». A la vez, apela a nuestra experiencia personal, al unir esas realidades presentes en nuestra vida: Dios, amor y Jesús:

Vosotros habéis experimentado, como yo, que la persona enamorada se entrega segura, con una sintonía maravillosa, en la que los corazones laten en un mismo querer. ¿Y qué será el amor de Dios? ¿No conocéis que por cada uno de nosotros ha muerto Cristo? Sí, por este corazón nuestro, pobre, pequeño, se ha consumado el sacrificio redentor de Jesús⁴⁹.

En fin, el santo aragonés dirige nuestra mirada hacia lo alto, hacia el más allá, a un futuro en buena compañía. «El cielo es la meta de nuestra senda terrena. Jesucristo nos ha precedido y allí, en compañía de la Virgen y de san José –a quien tanto venero–, de los ángeles y de los santos, aguarda nuestra llegada»⁵⁰. Ese cielo están descritos por Benedicto XVI con una especial poesía y teología:

Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el *tempo* –el antes y el después– ya no existe. Podemos únicamente tratar de pensar que este momento es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría (SpS 12)⁵¹.

que, quemándonos, nos transforma y nos libera para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos. En ese momento, todo lo que se ha construido durante la vida puede manifestarse como paja seca, vacua fanfarronería, y derrumbarse» (SpS 47).

49 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 220a.

50 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 220b.

51 Tras esto abordaba el papa Ratzinger la dimensión comunitaria de la bienaventuranza eterna, de la eterna esperanza llena de amor, y ahí citaba allí de modo explícito un libro que considera como uno de los inspiradores de su pensamiento teológico: *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma* (1938) de su maestro Henri de Lubac (1896–1991). Se trata, pues, de un cielo solidario, nunca solitario: «Esta vida verdadera, hacia la cual tratamos de dirigirnos siempre de nuevo, comporta estar unidos existencialmente en un “pueblo” y solo puede realizarse para cada persona dentro de este “nosotros”. Precisamente

Zambullirse en ese océano infinito de amor, verdad y belleza que es Dios: eso es el cielo y, por eso, es posible la esperanza. El cielo es el principal «lugar de la esperanza». Esa bienaventuranza eterna que nace de la resurrección de Jesucristo –recordaba ahora san Josemaría–, al que hemos de confesar como el Hijo de Dios, como verdadero Dios y verdadero hombre: «La divinidad de nuestro camino –Jesús, camino, verdad y vida [Jn 14, 6]– es prenda segura de que acaba en la felicidad eterna, si de Él no nos apartamos»⁵². Y exclama entusiasmado, casi en éxtasis: «¡Esperanzados! Ese es el prodigio del alma contemplativa. Vivimos de fe, y de esperanza, y de amor; y la esperanza nos vuelve poderosos»⁵³. Describía entonces el santo de lo ordinario lo más extraordinario: el cielo como el amor total, como la plenitud de ese amor en el que hemos ido creciendo en esta vida y que se identifica con el mismo Dios (cf. 1 Jn 4, 8). «No lo olvidéis nunca: después de la muerte, os recibirá el amor. Y en el amor de Dios encontraréis, además, todos los amores limpios que habéis tenido en la tierra»⁵⁴. Encomienda, en fin, esta navegación hacia lo alto a una buena guía:

Pidamos a Santa María, *Spes nostra*, que nos encienda en el afán santo de habitar todos juntos en la casa del Padre. Nada podrá preocuparnos, si decidimos anclar el corazón en el deseo de la verdadera Patria: el Señor nos conducirá con su gracia, y empujará la barca con buen viento a tan claras riberas⁵⁵.

La encíclica del papa bávaro concluía también presentando a María como «estrella de la esperanza», como el último «lugar de la esperanza», aunque no lo propone como un «lugar» en sentido estricto, aunque es evidente que hay también personas que nos remiten de modo directo a esta virtud.

por eso presupone dejar de estar encerrados en el propio “yo”, porque sólo la apertura a este sujeto universal abre también la mirada hacia la fuente de la alegría, hacia el amor mismo, hacia Dios» (SpS 14). La esperanza no es egoísta, sino que se abre necesariamente a los demás: «Nadie vive solo –constata–. Ninguno peca solo. Nadie se salva solo. En mi vida entra continuamente la de los otros: en lo que pienso, digo, me ocupo o hago. Y viceversa, mi vida entra en la vida de los demás, tanto en el bien como en el mal» (SpS 48). Véase F. Rodríguez, *No nos salvamos solos. La Iglesia, comunidad de esperanza y salvación*, en: *Salvados en esperanza*, pp. 115–130.

52 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 220c.

53 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 221a.

54 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 221c.

55 J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 221d; cf. P. O’Callaghan, *Esperanza*, p. 429–430.

Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza? (SpS 49).

Los santos son los verdaderos testigos de la esperanza: quienes nos muestran que la salvación es posible. Por eso, Benedicto XVI acudía con la más santa con esta oración: «Madre nuestra –terminaba la encíclica–, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino» (SpS 50).

* * *

Hemos visto, pues, cómo encontramos interesantes paralelismos entre autores algo distantes en el tiempo como son san Josemaría y Joseph Ratzinger. A pesar de la diferente metodología, apreciamos en ambos autores una crítica a una esperanza puramente horizontal –las «pequeñas» e incluso «falsas esperanzas»–, que necesita ser completada con la dimensión teológica, esto es, con el cristocentrismo de Jesús como «la gran esperanza», fundamento de todas las demás. Por otra parte, apreciamos la importancia otorgada al perdón y la misericordia, como fundamento objetivo y subjetivo de esa esperanza. En fin, hemos advertido cómo ambos autores ven la tercera virtud teológica en relación con las demás virtudes infusas, pues la esperanza aislada se presenta sin fundamento. La fe y la caridad ofrecen base y horizonte al mismo tiempo. En fin, tanto Escrivá como Ratzinger tienen la mirada puesta en la bienaventuranza eterna, pues tanto el juicio final como el *desiderium videre Deum* y entrar en comunión definitiva con Dios en la bienaventuranza eterna otorgan al cristiano el deseo de seguir adelante en su camino. La esperanza es ancla y estrella al mismo tiempo (cf. SpS 37, 39. 48. 49): fundamento y horizonte a la vez. Encontramos, en fin, semejanzas en los mencionados «lugares de la esperanza», especialmente cuando se habla de María como *spes nostra*, como «estrella de la esperanza».

Bibliografía

- Alviar J.-J., *Paralelismos y divergencias entre la encíclica «Spe salvi» y escritos anteriores de Joseph Ratzinger*, «Scripta Theologica» 54 (2022) núm. 3, pp. 671–695, <https://doi.org/10.15581/006.54.3.671-695>.
- Amiri R., Keys M. M., *Benedict XVI on liberal modernity's need for the «Theological virtues» of faith, hope, and love*, «Perspectives on Political Science» 41 (2012), pp. 11–18.
- Augustinus, *In epistolam Ioannis ad Parthos tractatus decem* 4, 6, en: *Sancti Aurelii Augustini [...] opera omnia*, tomus 3, ed. J.-P. Migne, Parisiis 1864, col. 1977–2061 (Patrologiae Cursus Completus. Series Latina, 35).
- Benedicto XVI, Encíclica *Spe salvi*: Sobre la esperanza cristiana, 30.11.2007, https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html.
- Blanco Sarto P., *Benedicto XVI, ¿un pensador posmoderno?*, «Límite. Revista Interdisciplinaria de Filosofía y Psicología» 9 (2014) núm. 29, pp. 35–62.
- Blanco Sarto P., *Fe, razón y amor. Los discursos de Ratisbona*, «Scripta Theologica» 39 (2007) núm. 3, pp. 767–782, <https://doi.org/10.15581/006.39.11671>.
- Blanco Sarto P., *The common priesthood of Lutherans and Catholics*, «Roczniki Teologiczne» 69 (2022) z. 11, pp. 105–133, <http://dx.doi.org/10.18290/rt2269007>.
- Castillo Gutiérrez G., *Una lectura educativa a la encíclica «Spe salvi» de Benedicto XVI*, «Veritas: revista de filosofía y teología» 2020 núm. 45, pp. 143–159.
- Conesa F., *El diálogo crítico del cristianismo con la modernidad en la Encíclica «Spe salvi» de Benedicto XVI*, «Scripta Theologica» 54 (2022) núm. 3, pp. 697–717, <https://doi.org/10.15581/006.54.3.697-717>.
- Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 2025.
- De Ribera Martín I., *El viaje de Ulises: la secularización de la Esperanza*, en: *La esperanza: ancla y estrella. En torno a la encíclica «Spe salvi»*, coord. por J. Granados, J. Noriega, Burgos 2008, pp. 53–68.
- Del Cura S., «*Spe salvi*» y la Escatología cristiana, en: *El pensamiento de Joseph Ratzinger, teólogo y papa*, ed. S. Madrigal, Madrid 2009, pp. 149–193.
- Doyle D., «*Spe salvi*» on eschatological and secular hope: A thomistic critique of an augustinian encyclical, «Theological Studies» 71 (2010) issue 2, pp. 350–379, <https://doi.org/10.1177/004056391007100205>.
- Eine Kultur der Hoffnung bauen: Papst Benedikt XVI. und die Idee guter Zukunft*, Hrsg. C. Sedmak, M. P. Teixeira, Regensburg 2013.

- Escrivá de Balaguer J., *Amigos de Dios*, edición crítico-histórica preparada por A. Aranda, Madrid 2025.
- Escrivá de Balaguer J., *Camino*, Madrid 1989.
- Eslava E., *Ratzinger, marxismo y liberación*, «Cuestiones Teológicas» 52 (2025) núm. 117, pp. 1–23, <https://orcid.org/0000-0002-2149-8958>.
- Fernández Cueto Gutiérrez J., *Las aportaciones doctrinales sobre la Esperanza en la Encíclica «Spe salvi» de Benedicto XVI en el contexto del reciente Magisterio de la Iglesia*, Roma 2013.
- Francisco, *Ángelus*, 17 de marzo de 2013, https://www.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2013/documents/papa-francesco_angelus_20130317.html.
- Francisco, *Audiencia general*, 21 de junio de 2017, https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2017/documents/papa-francesco_20170621_udienza-generale.html.
- Gagliardi M., *L'enciclica «Spe salvi». Alla luce della «Deus caritas est» e della teologia di Joseph Ratzinger*, «Communio» 215 (2008), pp. 59–79.
- García D., *El rostro de la esperanza. Lectura cristológica de «Spe salvi»*, «Scriptorium Victorienne» 58 (2011) no. 1–2, pp. 151–221.
- Gardocki D., *Christian hope as seen by J. Ratzinger / Benedict XVI*, «Verbum Vitae» 41 (2023) no. 2, pp. 271–290, <https://doi.org/10.31743/VV.14581>.
- Gelabert M., *Una recepción teológica de la «Spe salvi»*, «Veritas. Revista de filosofía y teología» 3 (2008) núm. 18, pp. 35–37.
- Gómez F., *The moorings of «Spe salvi» in the letters of Saint Paul*, «Philippiniana Sacra» 44 (2009) no. 131, pp. 235–257, <https://doi.org/10.55997/ps2001xliv131a1>.
- Gutiérrez Jaramillo M., *La encíclica «Spe salvi» del papa Benedicto XVI en la dialéctica de la esperanza activa*, «Theologica Xaveriana» 59 (2009) núm. 168, pp. 393–422.
- Illanes Mestre J. L., *Cristo, esperanza del mundo: reflexiones sobre la encíclica «Spe salvi»*, Madrid 2011.
- Illanes Mestre J. L., *La teología en las épocas moderna y contemporánea*, en: J. L. Illanes, J. I. Saranyana, *Historia de la teología*, Madrid 1995, pp. 374–377.
- La speranza, attesa di un eterno già donato: Commenti all'Enciclica «Spe salvi» di Benedetto XVI*, ed. G. Russo, Torino 2008.
- Larrú Ramos J. de D., *El realismo de la esperanza. La simbiosis entre las esperanzas y la gran esperanza*, en: *La esperanza: ancla y estrella. En torno a la encíclica «Spe salvi»*, coord. por J. Granados, J. Noriega, Burgos 2008, pp. 71–95.
- Migut U., *Horyzonty nadziei chrześcijańskiej w świetle encykliki Benedykta XVI «Spe salvi» oraz teologii posoborowej*, «Studia Elbląskie» 20 (2019), pp. 403–416.

- Mondin B., *Storia della teologia*, t. 4: *Epoca contemporanea*, Bologna 2019.
- Murillo I., *Crítica moderna de la esperanza cristiana. Progreso y esperanza*, en: *Salvados en esperanza. Comentarios a la encíclica de Benedicto XVI «Spe salvi»*, coord. por J. García Rojo, J. R. Flecha, Salamanca 2008, pp. 25–44.
- Noriega J., *Cuando el amor se transforma en esperanza*, en: *La esperanza: ancla y estrella. En torno a la encíclica «Spe salvi»*, coord. por J. Granados, J. Noriega, Burgos 2008, pp. 127–144.
- Núñez J., *El fundamento bíblico de «Spe salvi»*, en: *Salvados en esperanza. Comentarios a la encíclica de Benedicto XVI «Spe salvi»*, coord. por J. García Rojo, J. R. Flecha, Salamanca 2008, pp. 77–94.
- O'Callaghan P., *Esperanza*, en: *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, coord. J. L. Illanes, Burgos 2013, pp. 424–430.
- O'Callaghan P., *La virtud de la esperanza y la ascética cristiana en algunos escritos del Beato Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei*, «Romana: boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei» 12 (1996) núm. 23, pp. 262–279, <https://dun.unav.edu/bitstreams/58dc80e5-f72a-4e6d-b62e-2a08b27ce57f/download>.
- Ratzinger J., *Auf Christus schauen. Einübung in Glaube, Hoffnung, Liebe*, Freiburg 1989; tr. esp.: *Mirar a Cristo. Ejercicios de fe, esperanza y amor*, Valencia 2005.
- Ratzinger J., *Bilder der Hoffnung. Wanderungen im Kirchenjahr*, Freiburg 1997; tr. esp.: *Imágenes de la esperanza. Itinerarios para el año litúrgico*, Madrid 1998.
- Ratzinger J., *Die Hoffnung des Senfkorns*, Meitingen 1973.
- Ratzinger J., *Einführung in das Christentum*, München 1968; tr. esp.: *Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el credo apostólico*, Salamanca 2001.
- Ratzinger J., *Eschatologie — Tod und ewiges Leben*, en: J. Auer, J. Ratzinger, *Kleine katholische Dogmatik*, Regensburg 1977; tr. esp.: *Escatología*, Barcelona 2007.
- Ratzinger J., *Glaube und Zukunft*, München 1970; tr. esp.: *Fe y futuro*, Salamanca 1972.
- Ratzinger J., *Informe sobre la fe*, Madrid 2005.
- Rodríguez L., *Los sucedáneos de la esperanza*, en: *Salvados en esperanza. Comentarios a la encíclica de Benedicto XVI «Spe salvi»*, coord. por J. García Rojo, J. R. Flecha, Salamanca 2008, pp. 45–58.
- Rowland T., *Variations on the theme of Christian hope in the work of Joseph Ratzinger/Benedict XVI*, «Communio» 35 (2008), pp. 210–211.
- Sánchez L., *Renacidos para la esperanza: Pablo y la esperanza cristiana*, en: *La esperanza: ancla y estrella. En torno a la encíclica «Spe salvi»*, coord. por J. Granados, J. Noriega, Burgos 2008, pp. 39–52.
- Saranyana J.-I., *Historia de la teología cristiana (750–2000)*, Pamplona 2020.

- Vargas A., Eslava E., *Ratzinger: de la esperanza moderna a la esperanza de la salvación* (pro manuscripto) 2025.
- Varo F., *Alegres con esperanza. Textos de San Pablo meditados por San Josemaría*, Madrid 2009.
- Vázquez de Prada A., *El fundador del Opus Dei*, t: 3: *Los caminos divinos de la tierra*, Madrid 2003.
- Vilanova E., *Historia de la teología cristiana*, t: 3: *Siglos XVIII, XIX y XX*, Barcelona 1989.
- Waldemar J. T., *Encyklika «Spe salvi»: śladami Augustyna*, «Vox Patrum» 52 (2008) nr 2, pp. 1181–1188, <https://bibliotekanauki.pl/articles/613912.pdf>.

